

Metodología y práctica en la investigación literaria

MINARDI, Adriana Elizabeth / Universidad de Buenos Aires (UBA). Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) –adrianaminardi@hotmail.com

» Palabras clave: investigación literaria, teoría, crítica, docencia.

» Resumen

La presente comunicación pretende hacer un repaso por la práctica docente y en la investigación literaria, teniendo en cuenta el abordaje interdisciplinario y experiencial. Partimos del libro ya clásico de Miguel Dalmaroni (2009), *La investigación literaria*, para luego comentarlo desde nuestra propia formación como docentes e investigadores.

» Metodología y práctica en la investigación literaria

Cuando pensaba qué podría definir nuestra práctica de investigación en literatura y, más precisamente, en el campo de los estudios hispánicos, con toda la polémica que conlleva en sí mismo, recordé el libro de Miguel Dalmaroni, *La investigación literaria* (2009). En el prólogo aventuraba una definición que quedó resonando en todo el proceso de mi escritura de tesis e incluso hasta el día de hoy en la escritura de “artículos”: la que pensaba nuestra práctica como un alegórico “temor a la banalidad” (Dalmaroni, 2009: 8); básicamente, como lo que podríamos llamar la tensión, disrupción o presión a hablar bien, a darle un “exigido status teórico” a nuestras hipótesis bajo una compleja formulación que, muchas veces, se asemeja a lo que Ruth Amossy y Anne Herschberg (2001) definieron para las llamadas *langues de bois*, las lenguas de madera impenetrables y, a veces, tautológicas. ¿Qué es ese hablar bien? Pues aquello que rodea a una respuesta que interpela nuestro trabajo científico: lo que el sistema de congresos, becas, concursos y premios reglamenta; todo el arsenal meritocrático que define la científicidad de nuestra tarea.

Segundo punto polémico, ¿qué hay o qué se espera del discurso científico en nuestra práctica? En el escenario de las metodologías de la investigación, surgidas de las ciencias duras, las ciencias sociales han producido una nutrida bibliografía en los últimos años, no por eso suficiente o autosuficiente si la comparamos con la de las ciencias duras. En ese camino, se han promovido métodos cuantitativos y cualitativos, no así para la investigación en literatura que, con pocas excepciones, han ocupado algunos párrafos en nuestros planes de proyecto de investigación y beca que, la mayoría de las veces, nos ha costado seguir en la escritura *hic et nunc* de las tesis. Como “decorado verbal”, no obstante, han logrado de todas formas conquistar a un lector que se pretende experto. Sin embargo, el proceso global de especialización y profesionalización de las

prácticas universitarias que, con aciertos y desaciertos, se vivió en la mayoría de las disciplinas en las últimas décadas, promovió también la incorporación al sistema científico de un número creciente de docentes y de jóvenes graduados en Letras. “La ‘investigación científica’ o ‘académica’”, dice Dalmaroni en un apartado de la introducción, “es una actividad y una profesión social definida por una serie de valores y creencias que hacen a la vez de criterios de evaluación de las prácticas de los investigadores, y de norma al menos formal de convivencia profesional” (2009: 13). El apartado se titula “La investigación es una moral” y es tal vez uno de los que más, sobre todo hoy, puede servir para pensarnos como críticos activos, demandantes de un criterio propio que nos permita ser evaluados en el sistema científico bajo normas propias y no con parámetros ajenos a los criterios y a las prácticas inherentes a las ciencias humanas y que impactaron, en consecuencia, en los dos ámbitos de inserción: la evaluación de los investigadores y becarios, y la convivencia profesional.

Entre los elementos que construyen ese “temor a la banalidad”, es decir, el miedo a hacer el ridículo, a hablar por fuera o por debajo del código académico legitimado, se encuentran los dilemas que presenta el armado del corpus, sus tensiones con la base empírica, la discusión con la aparente futilidad de ciertos requisitos institucionales (solo en apariencia porque esos requisitos hacen la diferencia entre ganar o perder una beca, por ejemplo) y, al mismo tiempo, se asiste también al zigzagueante proceso de construcción de hipótesis o de redacción de objetivos, siempre en tensión con otros modelos y con otras alternativas metodológicas que, de alguna manera, son siempre “robadas” de otros discursos, de otros regímenes de discursividad, áreas o campos de estudio. Cual ladrón que roba a ladrón..., en ese método también está lo que podríamos llamar acierto o campo instrumental previo: el del plan o proyecto de beca o tesis y la elección del director. Ambos son la clave de bóveda del sistema de inserción del futuro becario o tesista.

El proyecto de investigación o plan comparte con el resto de los géneros de escritura de la investigación su *retórica* o, si se quiere, su *situación enunciativa* (Seoane, Zunino y Muschietti, 2007). Esa retórica supone un conocimiento de las reglas del campo que implican cumplir de modo equilibrado con dos normas más o menos tácitas del género y que pueden parecer en principio contradictorias: a) El destinatario-lector principal, aunque no exclusivo, del proyecto de investigación es un especialista con la competencia necesaria para dirigir y/o para evaluar la investigación proyectada; b) En tanto género académico, el proyecto de investigación debe restringir los implícitos y sobreentendidos, reservándolos para los conceptos de conocimiento y uso más extendido y menos controvertido en la comunidad de la disciplina, y debe evitarlos completamente cuando se trata de los conceptos o presupuestos principales y/o articuladores del proyecto y del tema.

Los géneros académicos tienen como propósito general exponer una hipótesis que surja de una pregunta problema y cuya respuesta es lo que *se* sabe o lo que habrá de *saberse* de un modo *universalmente* comprensible y comunicable. De esta forma, el género en cuestión delimita al

proyecto como la operación fundadora de un discurso que se propone como *autosuficiente en su semántica*. Ahora bien, esa autonomía es muchas veces imposible. El proyecto se nutre de otros discursos; por más que intente repeler la interdiscursividad, la pregunta por el método, por ese quehacer propio de los estudios literarios, está marcada por la banalidad. Tras reescribir un proyecto, la figuración del lector nos atormenta. ¿Quién evalúa? ¿Qué espera de nosotros? Si el evaluador en principio, cualquier lector luego, no comprende claramente el proyecto en una primera lectura de corrido, las posibilidades de éxito se reducen mucho. Por eso, quizás lo más importante, es enfocar en una metodología, objetivos generales y específicos y una hipótesis de trabajo explícita que, en consecuencia, pueda demostrar las decisiones teóricas y críticas y convertirlas en *objetivaciones*. Podremos entonces estar de acuerdo o no con los puntos de partida, pero no podremos oponernos a su formulación viable, ese sintagma que termina de hacer sólido el camino, la viabilidad que implicará más adelante el foco económico de los proyectos de investigación colectivos en UBACyT, PIP o los tan ansiados y abultados PICT.

Pues otro de los puntos clave es la factibilidad del proyecto. Además de ese plan disparador, está la cuestión del lugar y del director, así como la proyección que deberemos demostrar: ¿por qué merecemos obtener la beca o ingresar a una maestría o doctorado? Ahí el momento de la elección del director es clave porque también es quien debe insertarnos en las redes previas de formación: congresos, asociaciones, redes, proyectos de investigación, círculos de estudio. El director o directora es la madre de todas las batallas que seguirán. Sin ese *back up* previo, las posibilidades se ven reducidas al promedio de la carrera de grado. El director es quien nos insertará también en los cimientos de ese código académico que, si bien venimos absorbiendo en nuestra carrera de grado, ahora precisa despegar hacia un horizonte propio. Por ejemplo, como señala Dalmaroni, “en lugar de ‘desde nuestro punto de vista, *novela* es una noción vacía’, deberá escribirse algo así: ‘por las razones R1, R2 y R3, resulta preferible considerar *novela* como una noción vacía’” (2009: 21). En efecto, en la medida en que una investigación objetiviza un punto de vista, lo desnaturaliza de la doxa, está postulando ante sus lectores que se trata del punto de vista preferible y factible de ser beneficiado, esto es, que la pretensión del proyecto es que sea universalizable. Para lograrlo, es necesario siempre establecer con la mayor precisión posible el sentido de los términos y categorías que se utilizan, más aún de los que aparezcan como nodales para el proyecto; pero también, y sobre todo, los que puedan generar polémica. Porque, ante todo, siempre es bueno buscar la polémica, que es lo que nos permite llegar a ese nicho de investigación, así como aquellos conceptos que puedan resultar problemáticos en el campo disciplinario. Por ejemplo, si nos metemos en camisa de once varas con categorías como *representación*, *poética* o *tradición*, lo ideal en términos de factibilidad es que se las delimite con claridad remitiendo a un marco teórico específico y a un corpus de bibliografía que permita delimitar con precisión sus alcances (o que, sobre la base de ese marco y de esa bibliografía, el proyecto se diferencie críticamente de las definiciones disponibles y las corrija mediante una reelaboración propia que

debe hacer explícita). Lo ideal sería enfocarlas desde un estado del arte que todo proyecto debe tener y en que, como señalan Carolina Seoane, Carolina Zunino y Marcelo Muschietti, puedan primar “las relaciones lógico-semánticas entre las diferentes proposiciones con claridad, construyendo un texto cohesivo y coherente” (2007: 37). El cumplimiento de esta norma es una condición principal de la escritura académica en general y del proyecto de investigación en particular. Se debe mantener la exposición en torno del tema o de unos pocos ejes temáticos concatenados entre sí y con el tema, haciendo a la vez que la exposición avance mediante la articulación (y no la yuxtaposición) de proposiciones, en el curso de las cuales el contenido del proyecto crezca y se complejice sin perder claridad, ilación ni unidad semántica. Para poder organizar esta estructura es fundamental que el título nos encuadre, nos delimite y sea también un reflejo de esa intención. Esta condición vale para todos los apartados del proyecto, pero debe tenerse especialmente en cuenta en la formulación de los objetivos y las hipótesis; cada objetivo debería poder dar cuenta de la relación con las hipótesis de modo que haya una concatenación entre título, objetivos generales y objetivos específicos o particulares; entre título, objetivos e hipótesis; y entre las hipótesis cuando se formule más de una. En su formulación, deberemos evitar los subjetivismos y el uso figurativo de las palabras porque ese modo metafórico o alegórico muchas veces puede jugarlos en contra, cuando la claridad y la precisión terminológica, conceptual y lógico-semántica es lo preferible para lectores que, además de nuestro proyecto, tendrán otros cuantos para evaluar.

Por último, volvamos sobre la cuestión metodológica. En primer lugar, es importante que el proyecto quede claramente inscripto en un campo de investigaciones con cierto desarrollo, o en una tradición identificable dentro de ese campo, con una clara línea teórica aunque la discuta o problematice. En estos casos, la bibliografía especializada siempre cuenta con dos tipologías bibliográficas que es provechoso citar en la “Metodología” del proyecto y mostrar que legitiman el modo en que hemos construido el problema: por una parte, textos fundadores o *ejemplares* (en términos de Dalmaroni, 2009: 49) de ese campo o de esa corriente; por otra parte, artículos de revisión y puesta al día, estados de la cuestión casi siempre escritos por especialistas de cierta trayectoria. A diferencia de otras disciplinas, nuestro método se construye sobre la base de otros textos, incluso sobre formas de trabajo analíticas y hermenéuticas de otros investigadores que han abordado los textos de maneras diferentes. La genealogía debe también poder identificarse por quien la lea. El proyecto puede hacer también otras consideraciones teórico-metodológicas, pero lo importante es que el *método*, en un sentido amplio de la palabra, resulte identificado y permita al evaluador o lector ver con claridad dónde se *encuadra* el proyecto y cómo lo hace.

La sección “Metodología”, entonces, suele ser un buen lugar para precisar o incluso desarrollar las teorías que el proyecto tomará como puntos de partida. En la elaboración de cada proyecto en particular es donde se debe decidir si hace falta incluir un apartado titulado “Marco teórico” o si conviene, en cambio, exponer la teoría entre la “Metodología” y un subtítulo dentro de “Estado

de la cuestión y presupuestos teóricos”, o de otro modo que se conjugue mejor con el curso de la exposición. Sin duda, este apartado va de la mano con un cronograma. Ese lugar en el que siempre recaemos en lo que otros han puesto: directores, colegas, etcétera, y que es el lugar donde se muestra cómo se enumera y describe la actividad concreta de la investigación porque, salvo para los trabajos de campo, no quedaría muy pregnante decir “voy a leer todo el tiempo”. Allí se supone que se detallan las etapas de la investigación en las que sugiero poner en concreto también la producción de resultados. Por ejemplo, búsqueda, recolección y recensión de datos y fuentes; reelaboración del marco teórico y profundización del estudio del estado de la cuestión; primera reconsideración de la hipótesis; desarrollo de los análisis y las argumentaciones para cada hipótesis; reconsideración y cierre del corpus; integración y exposición general de resultados. El “Cronograma” es un indicio de factibilidad, porque prueba que el autor del proyecto y su director son capaces de estimar con sentido práctico las posibilidades de adecuación entre los objetivos y uno de sus principales recursos: el tiempo real de trabajo de que disponen y en el que se incluyen también las tareas de docencia, si las hubiere, o de participación en la investigación. La evaluación de este aspecto tiene especial importancia cuando el proyecto apunta a concluir no solo en la redacción de un informe y de escritos publicables, sino también en la obtención de un grado académico mediante la presentación de una tesis aceptable para su defensa ante un jurado de expertos.

¿En qué orden proceder para elaborar un proyecto? Lo peor que se puede hacer es comenzar por atorarse leyendo toda la bibliografía disponible sobre el tema. Cualquiera que comience a pensar en un posible tema de investigación conoce ya por lo menos algo de las fuentes y de la bibliografía. En el comienzo, entonces, conviene evitar el quedar aplastado por las tesis, artículos y documentos acerca del tema antes de haber concebido algunas ideas provisorias pero de apariencia inicial prometedora. Es decir, lo más aconsejable es empezar por el corpus o por un texto teórico o crítico disparador y así comenzar a bosquejar todas las ideas que se nos ocurran y seleccionar luego las que sean a primera vista a la vez razonables, importantes, originales, provocativas. Sobre todo, provocativas. Después de ese hallazgo preliminar de las ideas que en un futuro podrán transformarse en las hipótesis del proyecto –y solo después de eso y de las varias discusiones con el director–, conviene iniciar el estudio de la bibliografía especializada en el tema, tanto crítica como teórica. A partir de allí, lo habitual es que comience una etapa en que vamos y venimos de la bibliografía a nuestra hipótesis y viceversa, en una sucesión de emails con directores, charlas con colegas y apuntes varios.

Cuando disponemos de un borrador avanzado de las hipótesis y del estado del conocimiento sobre el tema, y hemos bosquejado ya las conexiones entre el tema y los presupuestos teóricos, estamos en mejores condiciones de saber si el título imaginado inicialmente era el correcto o conviene reescribirlo; si se clarifican los objetivos de la investigación, podemos comenzar a precisar cuáles serán las teorías en que se apoyarán las hipótesis, delinear un recorrido

metodológico y, en fin, ir completando el resto de los apartados del proyecto. En esta secuencia de borradores sucesivos, la participación intermitente del director es muy importante. Es quien nos delimitará, nos alentará, nos cortará las alas si es necesario. Por eso la idea que generalmente postula que un proyecto o plan de trabajo es un trabajo de a dos no se equivoca. Director y autor de proyecto son un equipo de trabajo; sin esa unidad es imposible pensar en la elaboración de un plan que llevará años de trabajo.

› **Referencias bibliográficas**

Amossy, R. y Herschberg, A. (2001). *Estereotipos y clichés*. Buenos Aires: Eudeba.

Dalmaroni, M. (Dir.) (2009). *La investigación literaria: problemas iniciales de una práctica*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.

Seoane, C., Zunino, C. y Muschietti, M. (2007). La situación enunciativa. En I. Klein (Coord.), *El taller del escritor universitario*. Buenos Aires: Prometeo.